

hombre con Cristo por el Espíritu), entonces no puede trazarse tan nítidamente una línea separatoria entre la salvación que se opera en la Iglesia y la que se obra fuera de la ella. Ciertamente, los estudiosos añaden enseguida un matiz, recordando que la estructura y dinámica de la economía salvífica es encarnacional-sacramental: el acercamiento de Dios al mundo se concreta en la historia y en el espacio, se fragua en tradiciones e instituciones, y —hecho inamovible— encuentra su punto culminante en Cristo, su Iglesia y sus sacramentos.

4) Desde este punto de vista, el fenómeno global de pluralidad de religiones aparece, por una parte, bajo una luz positiva, como signo de la participación de otras formas religiosas en el único tesoro que posee la Iglesia; y por otra parte, bajo una luz inquietante, como recordatorio de que tales elementos válidos no pueden concebirse sin su comunión con, y en ordenación a lo que se encuentra en el corazón del cristianismo.

5) Finalmente, se hace evidente que cualquier medida práctica pastoral (en la línea de diálogo, mutuo enriquecimiento, etc.) necesita ser firmemente basada en una seria reflexión acerca del valor de la religiosidad en general y de las experiencias religiosas históricas en particular. Sólo de esta manera se pueden evitar dos extremos: sumergir la práctica del cristianismo en un hipermercado religioso, y rebajar las demás religiones a nivel de fenómenos puramente humanos, eliminando de su horizonte la posibilidad de una genuina acción de Dios.

J. Alviar

Marcel NEUSCH, *Le sacrifice dans les religions*, Beauchesne, Paris 1994, 310 pp., 18 x 23, 5.

El sacrificio es uno de los elementos más característicos de la religiosidad hu-

mana; por eso su estudio constituye un capítulo ineludible en cualquier Fenomenología de la religión y en las Filosofías de la religión atentas a la variada pluri-formidad del hecho religioso.

Esta obra colectiva quiere ser un estudio multidisciplinar del sentido que reviste el sacrificio en las diversas religiones del mundo: en las africanas, en el judaísmo, en el cristianismo, en el Islam, en el hinduismo, en el budismo y, finalmente, en la religiosidad china. Ha sido fruto de los trabajos del Instituto de Ciencia y Teología de las Religiones (I. S. T. R.), integrado en el Instituto Católico de París, durante los años 1991 a 1993.

Conscientemente se ha evitado en el mismo partir de una concepción apriorística o artificial de la esencia del *sacrificio*. El Editor de la obra se esfuerza en resaltar que «se ha querido evitar cualquier encasillamiento que pudiera ser acusado de opciones teológicas a priori» (p. 7). Por tanto estos estudios se sitúan en la metodología empírica que quieren para sí las *ciencias de las religiones*.

Lo que no queda explicado es cómo se determina entonces el punto de referencia común para este estudio interdisciplinar. En efecto, para una investigación que versa sobre el sentido del sacrificio en diversas religiones del mundo es preciso, al menos, un cierto acuerdo —siquiera minimalista— acerca de qué se entiende por *religión* y por *sacrificio*. No se puede buscar lo que no puede reconocerse.

Esta es la importante objeción metodológica a esta obra. Es comprensible la reacción contra investigaciones de este tipo que *imponen* a la realidad socio-histórica esquemas previamente ideados, cuya única carta de patente es la verosimilitud de las hipótesis concebidas a priori o su coherencia con un sistema de pensamiento. Pero dicha reacción corre

el peligro de caer en Scila para evitar Caribdis; concretamente, la mera declaración de que no existen *aprioris explícitos* en este tipo de investigación no constituye garantía alguna de que no se empleen de hecho en ella *aprioris implícitos*. Estos últimos son extremadamente peligrosos, pues se ocultan bajo una capa de objetividad total que finalmente resulta no serlo.

Es legítimo descartar el método hipotético-deductivo para este tipo de investigaciones, pero en este caso se hace perentoria una declaración de cuáles son los principios semánticos que previamente establecidos hacen viable el estudio de los fenómenos. Sin dicha declaración es prácticamente inevitable incurrir en graves equívocos a la hora de sintetizar los resultados de un trabajo interdisciplinar, sobre todo teniendo en cuenta la patente dificultad de comunicación que existe entre especialistas de disciplinas diversas. Por otra parte, a falta de preconcepciones explícitas, el investigador que necesita puntos de referencia, inevitablemente echa mano de sus prejuicios personales, de sus opiniones; de esta forma se introduce arteramente un elemento de arbitraria subjetividad en lo que se nos presenta como análisis completamente objetivo. Así B. Masquelier, tratando de analizar el sentido del sacrificio en los pueblos africanos, concluye que «los hechos son tan complejos y fugaces que las tentativas teóricas —o incluso un discurso general— están llamadas al fracaso, al menos parcialmente» (p. 36); con todo se descubre que su investigación sólo trata de evitar un presupuesto: utilizar el «concepto judeo-cristiano» de sacrificio; pero acepta con toda naturalidad múltiples hipótesis procedentes de la antropología cultural y de la etnografía, e incluso parte de un esquema preconcebido de la esencia del sacrificio: «Como en todas partes —afirma al comien-

zo de su ensayo— el acto sacrificial exige el uso de un soporte, de un signo ligado a un conjunto simbólico/conceptual en el marco del proceso ritual, del cual no se le debe aislar» (p. 22).

Los diversos estudios tienden a subrayar que el sacrificio adquiere un sentido específico en las distintas religiones y culturas. En África, resulta difícil distinguir a veces el rito sacrificial de otros ritos, pero siempre el rito está orientado simultáneamente a Dios a través de los antepasados fallecidos y al desarrollo de la vida humana; por este último motivo aparece en los diversos momentos en los cuales el individuo pasa a una nueva etapa de su vida. En el hinduismo ocupa un lugar central, y se observa en su ejecución cierto deslizamiento desde el inicial marco mágico a un contexto más ético y espiritual. El budismo se limita a tolerarlo como costumbre mundana, o bien lo ve realizado en la práctica ética de la compasión, que es una de las vías de purificación. En la China antigua y en el taoísmo se aprecia una interiorización y espiritualización de las ceremonias sacrificiales; el sacrificio está más en la acción humana que en la ofrenda.

Los Autores de este libro concuerdan en que, a la luz de estos datos antropológicos, resulta imposible proponer una definición del sacrificio. Sin embargo, cabe establecer en ellos un rasgo común: en las diferentes tradiciones religiosas se aprecia una cierta evolución hacia formas más espirituales; el inicial énfasis en la ofrenda se traslada a la conversión espiritual del sacrificante.

El capítulo VI, redactado por Louis-Marie Chauvet y dedicado al sentido cristiano del sacrificio, es teológicamente bastante razonable y equilibrado. Especial importancia tiene también el último capítulo, donde el mismo autor trata de sintetizar los resultados obtenidos en los diversos estudios parciales.

Chauvet mantiene la tesis de que el sacrificio es, en general, un *intercambio simbólico*. Con esta expresión no se pretende desvelar la esencia del sacrificio, sino una cierta estructura que se reitera en las diversas formas de religiosidad. El sacrificio es siempre una donación —por tanto, un acto de libertad— a la cual acompaña la esperanza de recibir algún bien como contrapartida —más exactamente: la esperanza de que sea causado algún bien, aunque no sea el bien material del individuo oferente. Pero en el sacrificio, a diferencia del conjuro mágico, no se da una intención *mercantilista* en el intercambio con la divinidad ni el bien esperado se contempla como un efecto mecánico o necesario del rito sacrificial. El hombre religioso es consciente de que frente a la libertad humana se halla la libertad divina. El sacrificio está relacionado —según Chauvet— con el don de la existencia, que a la luz de la muerte se percibe como tal don; el hombre se siente así impulsado a sacrificar como un acto simbólico en el cual reconoce su dependencia de Dios y espera de Él la continuidad en la vida. El sacrificio tiene también una dimensión ética, pues responde a la necesidad de purificación de las faltas o pecados que el hombre advierte en su vida personal y social. Por fin, tomando la palabra ya como teólogo, Chauvet apunta la idea de S. Ireneo de que los sacrificios religiosos son una pedagogía divina para hacernos ver la necesidad del *verdadero sacrificio*, que es el de Cristo.

En su conjunto el libro representa una aportación interesante al estudio de un tema que interesa tanto a la filosofía de la religión como a la teología dogmática. Haber añadido una reflexión final a los análisis particulares es sin duda un acierto, aunque no logra subsanar el deficiente planteamiento metodológico que ya ha sido señalado en estas líneas.

J. M. Otero

Bernhard GROM, *Psicología de la religión*, Herder, Barcelona 1994, 476 pp., 14 x 21, 5

Por su misma naturaleza, la religión tiene un carácter global, en el sentido de que tiende a penetrar toda la existencia humana. El hombre entero, con todas sus facultades y potencialidades, es implicado por la relación religiosa. Esto es precisamente lo que hace posible el estudio particular de algunos aspectos de esa vivencia, estudio que desde fines del siglo XIX viene siendo desarrollado por las diversas ciencias de la religiones. Una de las ciencias más importantes es la psicología de la religión que centra su atención en el aspecto interior, subjetivo, de los fenómenos religiosos, es decir, en lo que se suele denominar *religiosidad* y examina la función de la religión en la vida psicológica de los seres humanos. Sobre todo, observa, describe y interpreta los fenómenos religiosos en cuanto objetos y contenidos de conciencia y la conducta religiosa en cuanto expresión de una experiencia interior.

Bernhard Grom, profesor de psicología de la religión y de pedagogía religiosa en la Facultad de Filosofía de Munich, ofrece en este libro una cuidada exposición de las líneas generales de una psicología de la religión. Es preciso advertir que en el ámbito de esta ciencia es frecuente encontrar muchos estudios de tipo empírico y estadístico que pretenden dar cuenta de determinados aspectos de la conducta religiosa. El libro del profesor Grom no pertenece a esta categoría. Su intención, más bien, ha sido recoger esos datos empíricos —que le proporcionan sobre todo las muchas investigaciones realizadas en Estados Unidos— y ofrecer una interpretación de ellos. Estamos, pues, ante un libro en el que se recoge la reflexión del autor y su concepción de la psicología de la religión. Este es el acierto principal del libro, aunque